

Obsequio del Ilmo Sr. Polít
OCTAVA CARTA PASTORAL

QUE

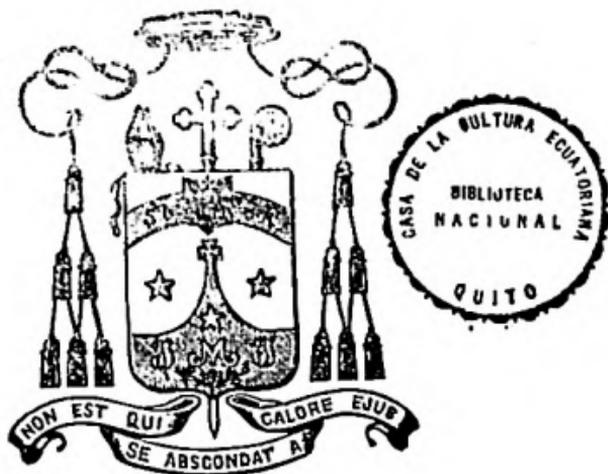
EL ILUSTRISIMO Y REVERENDISIMO

SR. DR. D. MANUEL MARÍA PÓLIT

Obispo de Cuenca

DIRIGE A LOS FIELES DE SU DIÓCESIS

sobre el Catecismo



Cuenca

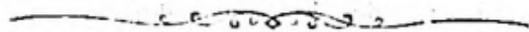
Imprenta del Clero

1911



Nos, Dr. D. Manuel María Pólit,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA,
OBISPO DE CUENCA.



A nuestro Venerable Capítulo Catedral, al Clero Secular y al Régular, y á todos los fieles católicos de nuestra Diócesis, salud y paz en nuestro Señor Jesucristo.

*Beatus vir quem tu erudieris,
Domine.*

Bienaventurado el hombre á quien tú mismo, oh Señor, adotrinas.

Ps. xciii, v. 12.

Venerables Hermanos y amados Hijos en Nuestro Señor Jesucristo:

EN la Cuaresma del año pasado os hablamos de la instrucción religiosa y de su vital importancia para nosotros los cristianos. Sin ella, ya sabéis, no se puede ni conocer lo que Dios nos ha revelado, ni practicar bien lo que nos manda, ni por tanto alcanzar la felicidad eterna para la que hemos sido

creados; sin ella es imposible resistir á la corriente de impiedad y corrupción que nos invade por todos lados y amenaza arrastrarnos y perdernos. ¿Cómo desbaratar los sofismas é ineptas acusaciones contra la Religión, que á menudo oímos en las conversaciones, ó leemos en los libros, revistas y diarios, que penetran hasta en nuestras pobres aldeas? ¿cómo defender la causa de Jesucristo y de su Iglesia? Es preciso estar armado con la ciencia necesaria, en proporción á la condición de cada uno, y al mismo tiempo acudir á la oración para implorar el auxilio divino, que nos afirmará en la fe y hará que á ella correspondan nuestras obras. La instrucción religiosa, os declaramos, debe comenzar en el seno de la familia desde los primeros años del niño; y por esto insistimos tanto en que los mismos padres y madres, cumpliendo con su más sagrado deber, enseñen á sus hijos las principales oraciones y los elementos de la doctrina cristiana.

Mas, por desgracia, muchos padres de familia son incapaces de dar á sus hijos aun esta instrucción rudimentaria, sea por rudeza é ignorancia propia, sea por falta absoluta de tiempo; otros son descuidados ó indiferentes, y aun unos pocos talvez son hostiles á la Religión; y sin embargo sus hijos, gracias á Dios, son cristianos católicos, tienen hambre de verdad y su corazón, aun intacto y puro, se inclina espontánea y suavemente al servicio y amor de Dios. ¿A quién le incumbe, pues, la misión de instruir á estos pequeñuelos y fortalecer y alimentar en ellos la vida sobrenatural de la gracia? Al sacerdote indudablemente, en los diversos ministerios en que le coloca la obediencia; y si no se alcanza, ha de asegurarse la cooperación de los abnegados maestros y maestras que le suministran las Congregaciones docentes, y la de catequistas voluntarios de ambos sexos, que ciertamente hallará, si los busca, entre los buenos católicos.

Supongamos ahora, que esta instrucción religiosa enteramente elemental se dé en todas las familias, escuelas é iglesias parroquiales. ¿Será esto suficiente y eficaz? ... No, por cierto: es indispensable que el niño, desde que puede distinguir el bien del mal, desde que puede ofender á Dios y por lo tanto necesita alimento y remedio para su alma, se acerque también al sacramento de la Penitencia y al de la Sagrada Eucaristía, como lo ha ordenado expresamente el Vicario de Jesucristo,

nuestro Santísimo Padre Pío X. Luego, robustecido por estos sacramentos, á medida que crece en edad, el niño ó adolescente debe adelantar en sabiduría cristiana y en virtud, hasta que se complete su formación intelectual y moral, y pueda, como quiere el Apóstol San Pedro, dar razón á cualquiera de su fe y esperanza, vivificándolas y perfeccionándolas por la caridad y las buenas obras, según la enseñanza católica de Santiago Apóstol.

He aquí, Venerables Hermanos y amados Hijos, la grande é ineludible obligación del Catecismo, que viene á ser la explicación relativamente completa de la doctrina cristiana, el compendio de la Teología católica, es decir, de la ciencia de Dios, en la cual el hombre halla también la solución de todas las cuestiones que más le interesan para esta corta vida de la tierra, y para la otra sin término de la eternidad: de dónde viene y adónde va, cuáles son su origen y su fin, cuál es su naturaleza; qué debe hacer para salvarse, para asegurar esa felicidad, á la que aspira incesantemente con todas sus fuerzas desde que tiene conciencia de su propio sér. El Catecismo se ha declarado y expuesto en un librito, que podríamos apellidar el tesoro del cristiano, porque en él encuentra todo lo que debe saber para salvarse y ser feliz: este librito debiera ser el compañero de su vida, desde que tiene edad de razón hasta la muerte; y para descifrar y comprender sus letras, es para lo que más necesita aprender á leer.

Más el estudio de este libro no puede ni debe hacerse solo, sino bajo la dirección de un guía experimentado, instruido y virtuoso, algo más diremos, garantizado por el mismo Dios, cual es el sacerdote católico, quien por lo demás puede y debe, repitiémoslo, buscarse ayudantes y colaboradores. Sin la enseñanza viva y oral, el estudio del Catecismo sería insuficiente y aun á veces contraproducente. Por lo mismo que en este compendio se condensa lo más sublime y santo de nuestra Religión, los divinos misterios, los mandamientos y sacramentos, todo lo relativo á Dios y al hombre, á las virtudes y pecados, á la salvación y condenación eterna, hay que explicar muchos términos abstractos y aun desconocidos para los niños y gente ruda, hay que hacer comprender con suma claridad y paciencia las fórmulas catequísticas de suyo concisas y profundas, por lo mismo oscuras á primera vista, disi-

par por tanto cualquiera obscuridad, oír ó prever las dudas y objeciones; resolverlas, cimentando y fortaleciendo la creencia. Y ésta es cabalmente la misión del Catequista en el orden intelectual: todo su trabajo por hacer aprender y repasar literalmente el texto del Catecismo, explicarlo y comentarlo, se encamina á abrir las inteligencias de sus discípulos para que en ellas brille la luz de la verdad. Esto sin embargo no basta, porque su misión es al mismo tiempo moral y religiosa: tiene por objeto formar la voluntad y el corazón del niño, para que ame todo lo que llega á conocer del augusto misterio de la Divinidad y de la adorable persona del Hombre Dios, Señor y Salvador nuestro. El Catecismo sería casi infructuoso y estéril, si no inclinara el ánimo infantil al amor del bien y á la detestación del mal, porque la ciencia religiosa no es puramente abstracta y teórica, sino eminentemente práctica. En una palabra, no se ha de separar nunca la educación catequística de la instrucción catequística, á fin de que el niño ó adolescente catequizado alcance aquella felicidad prometida por el mismo Cristo Señor nuestro, cuando dijo: "Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica". *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.* (1)

La enseñanza de la Iglesia es ante todo y sobre todo oral, por medio de la palabra sacerdotal, de suyo viva, y vivificada aun más por la gracia. El sacerdote, que es ministro de Jesucristo, debe seguir su ejemplo y catequizar, evangelizar; pues, como dice el gran Apóstol de las gentes, la fe nos viene por el oído, *fides ex auditu*, y ¿cómo han de creer los que no oyen? ¿ni cómo han de oír si no se les predica? (2) Ahora bien, entre todas las predicaciones, ninguna es más necesaria, fundamental y provechosa, que la enseñanza catequística. Si en el estudio de cualquiera ciencia ó arte, estamos viendo que es indispensable el aprendizaje elemental y metódico, so pena de confundir muchas cosas y equivocarse con frecuencia, si uno quiere adquirir nociones sueltas y profundizar por sí tratados especiales, ¿cuánto más indispensable es este requisito para la ciencia religiosa! Así como Nuestro Señor ha dispuesto sabiamente que

(1) Luc. XI, 28.

(2) Rom. XI, 17.

ninguno sea juez de sí mismo en el gobierno espiritual de su conciencia, así de cierta manera es menester que en la instrucción religiosa cada cual tenga su maestro, que represente para él la enseñanza tradicional de la Iglesia, y esté pronto á dilucidar todas las dificultades y dar las explicaciones personales y actuales que ningún libro puede dar. Por esto vemos que aun los más grandes apologistas y doctores de la Religión recuerdan con gratitud las lecciones orales que recibieron de niños ó adolescentes. Aun al ínclito Doctor San Agustín, Dios depara un San Ambrosio que le catequice; y Santo Tomás de Aquino recibe los primeros elementos de su maravillosa ciencia de labios de los monjes benedictinos y del insigne Alberto Magno, antes de llegar á ser el gran maestro de la doctrina católica en la Iglesia.

Así pues, Venerables Hermanos, queremos una vez más excitar vuestro celo sacerdotal para que se ejerza ante todo en la enseñanza del Catecismo. Todo sacerdote, aunque no tenga estrictamente cargo de almas, debería rodearse de niños ó de adultos ignorantes á quienes catequizar, como solía hacer aquel admirable eclesiástico del siglo décimo quinto, Gersón, que salía en persona á buscar oyentes para catequizarlos, porque veía con mirada penetrante que allí estaba el remedio de los males urgentes que deploraba la Iglesia en esa triste época, germinadora del protestantismo: todo sacerdote debería ser un *catequista*. ¿Qué diremos de los que por su mismo oficio tienen esta obligación rigurosa, como son los capellanes y profesores de casas de educación y los Párrocos? A éstos principalmente nos dirigimos, con el Apóstol, cuando á su hijo predilecto Timoteo le decía: *opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple* [1]; haz obra de evangelista, esto es aquí de catequista, cumple con tu ministerio. A ellos repetiremos una vez más lo que Su Santidad Pío X les advertía desde el principio de su pontificado, encareciéndoles la importancia capital y primordial de la instrucción catequística y recordando las prescripciones del Santo Concilio de Trento, y del sabio Pontífice Benedicto XIV.

“Dos prescripciones principales han sido impuestas á los pastores de las almas por el Concilio de Trento: la una es

(1) II Tim. IV, 5.

que, los días de fiesta, dirijan la palabra al pueblo sobre las cosas divinas; la otra es que inicien á todos los niños y á los ignorantes en los elementos de la ley divina y de la fe."

"Y justamente distingue el sapientísimo Pontífice este doble oficio, á saber, el de la predicación, llamado comunmente explicación del Evangelio, y el de la enseñanza de la doctrina cristiana. En efecto, talvez no faltarían sacerdotes que, ganosos de disminuir su trabajo, se persuadiesen de que la homilía puede servir para ellos de catequismo. Por poco que se reflexione, se notará el error de esta apreciación. Porque la predicación relativa al santo Evangelio es destinada á los que deben ya estar penetrados de los elementos de la fe. Por decirlo así, es el pan que debe servirse á los adultos. La enseñanza catequística, por el contrario, es aquella que quería el Apóstol Pedro apeteciesen los fieles, sin mezcla de fraude, como niños recién nacidos."

No haya, pues, en adelante de parte de ningún Párroco, excusa ni pretexto de ninguna clase, para no hacer personalmente el Catequismo cada semana, no una sino varias veces, porque sólo así podrá cumplir con tan preciosa obligación. Parroquia donde no se explica el catecismo (y nótese bien que no lo suple el aprendizaje rutinario y casi mecánico de la Doctrina), decimos sin recelo de errar que es parroquia descuidada, abandonada por su Cura y que éste no cumple su deber: nos estremece el temor de la horrenda responsabilidad que recaerá un día sobre él, delante de Dios. Felizmente casos de semejante total abandono son rarísimos, por no decir inauditos, en nuestra piadosa Diócesis: pero sí recelamos mucho de que alguno de nuestros Venerables Curas no comprenda todavía adecuadamente la importancia capital del Catequismo, y que éste es, entre todas las obras eclesiásticas, según la clásica expresión del célebre Obispo de Orleans Monseñor Dupanloup, *la obra por excelencia*. De tres años á esta parte le nos presenciado, con grandísimo consuelo, un vivo despertar del celo de nuestros amadísimos Señores Curas para esta obra del *Catequismo Parroquial*: ya saben ellos que, durante toda la Visita Pastoral de nuestra Diócesis, sobre este punto hemos insistido, y sobre él seguiremos insistiendo. En cuanto á la organización de los Catequismos, paulatinamente se irá perfeccionando, y dentro de poco daremos el Reglamento general obligatorio para to-